

¿Instituciones y cultura?

José Luis Piñeyro

19 de agosto de 2006

Desde Salinas de Gortari, el obsesivo respeto a la institucionalidad, la legalidad y el impulso a una cultura democrática ha sido la cantaleta que la ideología neoliberal millones de veces ha repetido al público televidente, radioescucha y lector. Antes, durante y después de las elecciones, la cantaleta ha aumentado. Respetar las instituciones, las leyes y fortalecer una cultura moderna, no es criticable, pero en México el cumplimiento de la ley y su manipulación y de las instituciones, es más privilegio de una minoría oligárquica que de la mayoría ciudadana, y el déficit cultural premoderno no se reproduce por arte de magia y sí beneficia a unos pocos.

Las instituciones no son entes impersonales, están constituidas por una burocracia y sus dirigentes, con intereses propios y sociales, con reglamentos para su funcionamiento interno y externo, con instalaciones, publicaciones, acumulación de experiencia técnica y profesional. Hoy, ya se está reconociendo que el impulso IFE está compuesto por esos elementos, que hay que diferenciar entre los altos funcionarios y el resto del edificio humano y material.

Nadie ha propuesto destruirlo sino reconstruirlo a nivel de su dirigencia; es como cuando un Estado Mayor pierde una guerra, se remueve al alto mando, se revisa la estrategia, las leyes, pero no se licencia a la oficialidad media y a la tropa y demás componentes de una institución estatal. La vigencia de la legalidad depende del tipo de órganos judiciales encargados de mantenerla, ejecutarla y fortalecerla. Cuando predominan decisiones poco convincentes, los gobernados las consideran juricistas dado que priva la justicia jurídica sobre la justicia social.

Hoy, se insiste en que la cultura democrática descansa en el respeto a la pluralidad política (los distintos partidos, sindicatos y agrupaciones civiles), a la diversidad social (organizaciones de ecologistas, indígenas, feministas, homosexuales, entre otras) y por supuesto, a las leyes e instituciones. Cultura que le apuesta a que a mayores niveles educativos y cívicos, mejor convivencia política civilizada.

Desde la izquierda, también se le apuesta a mayores niveles culturales en el sentido anterior, pero también como alternativa liberadora, recordemos una célebre canción del trovador cubano Carlos Puebla al referirse a José Martí: "Y como dijo nuestro apóstol amado, hay que ser cultos para ser libres".

Sin embargo, cabe tomar distancia de las lecturas culturalistas abstractas sobre situaciones políticas concretas, pues atrás del respeto irrestricto a la pluralidad, la diversidad y la legalidad, se esconde el respeto a la inmensa desigualdad mexicana. Situación que es imposible que no se manifieste en las instituciones estatales actuantes, el ejercicio del derecho y la visión de cultura fomentada. No propongo el regreso a tiempos de las cavernas de justicia por propia mano; simplemente hay que tener cautela con el discurso culturalista pues la cultura también comprende la racionalidad y cosmovisión de la clase dominante, sus intereses y valores. En todo caso, hay que luchar por que la igualdad jurídica formal se corresponda con una real igualdad política, económica y social.

A propósito de cultura, recordemos que los oficiales nazis se deleitaban con la música de Wagner y un exquisito vino mientras los hornos cremaban a judíos y no judíos; hoy, a inicios del siglo XXI, se nos muestran fotos de los niños judíos escribiendo en las bombas horribles dedicatorias para los niños libaneses. Nadie puede negar el nivel de la cultura alemana o judía, pero tampoco que en Europa han sucedido las mayores carnicerías humanas; esto, por aquello de la violencia "innata" de nuestra cultura política.

En la actual circunstancia mexicana, no sirve de mucho hacer divisiones entre pacíficos y violentos, cultos e incultos, institucionalistas y antiinstitucionalistas, intelectuales de la fe laica e intelectuales de la razón pura. Para la reconciliación nacional se requiere un pacto que reconstruya la sociedad, la economía, las instituciones y el sistema electoral, que cambie el capitalismo salvaje por uno donde estén primero los pobres por el bien de todos, incluida la oligarquía cuya intolerancia y rapiña le impide ver la necesidad política y social de ceder espacios de poder que reduzcan la complicidad interinstitucional, fortalezcan la legalidad y la legitimidad institucional e impulsen un bienestar económico y una cultura democrática.

Profesor investigador de la UAM-A